

“**El mes de la cosecha es mayo**, hemos estado viviendo varios de Chilliwa en una zona llamada Sansallway, en Esmeralda Pallcca. Por sorpresa aparecieron los soldados, yo apenas pude escaparme, los demás no pudieron, los militares rodearon y capturaron a más de 30 personas, la mayoría niños y mujeres. Después me cuentan que los amenazan con matarles si trataban de escapar, luego les han ordenado que canten lo que les enseñaron los compañeros. Cantaron y los militares, al escuchar, se reían y después les dicen: ‘Terrucos de mierda, ahora van a caminar a la base de Pallccas’. Llegaron en la tardecita a Muyurinakuchu, ahí descansaron, hacen preparar 5 hornos de pachamanca de papa, y después de hacerles comer les dicen que duerman y se arrinconan al lado de una piedra y pasaron la noche.

Al día siguiente, como a las 5 de la mañana, los caballos que se encontraban comiendo pasto en los cerros hicieron caer una piedra que vino rodando y agarró a un soldado que todavía dormía, muriendo instantáneamente. El jefe de los soldados se amargó tan feo que les dijo: ‘Ustedes lo han matado, tu partido ha soltado la piedra, querían matarnos’. A toditos les obligó a que alisten sus cosas, luego les obliga a que caminen un poco más arriba de donde estaban y les hace formar en filas, y como a las 6 de la mañana son obligados a la fuerza a taparse sus ojos con cualquier trapo, y se tapaban con sus chompas, camisas, pañuelos y mantas. Ya estaban todos con los ojos vendados, pero mi hijita Flora Oscco de 8 años, que estaba al lado de su abuelita Isabel Oscco no quería taparse y en ese momento mi hijita vio que los soldados les estaban apuntando para matarles y corrió como loca donde un soldado, se agarró de él llorando y le pedía que no la maten.

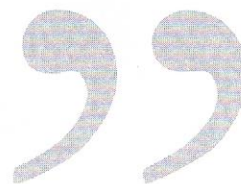
La orden ya se había dado, las balas ‘bam, bam, bam, bam’ perforaban los cuerpos y caían muertos al instante de distintas maneras, otros morían retorciéndose de dolor, llenos de sangre. Fue una masacre donde murieron toditos retaceados por las balas, solo se salvó mi hijita que ahora vive en Andahuaylas. El soldado no mató a mi hija, luchó para que no la maten, ese soldado ha tenido compasión de mi hija, ahora vive en Andahuaylas.

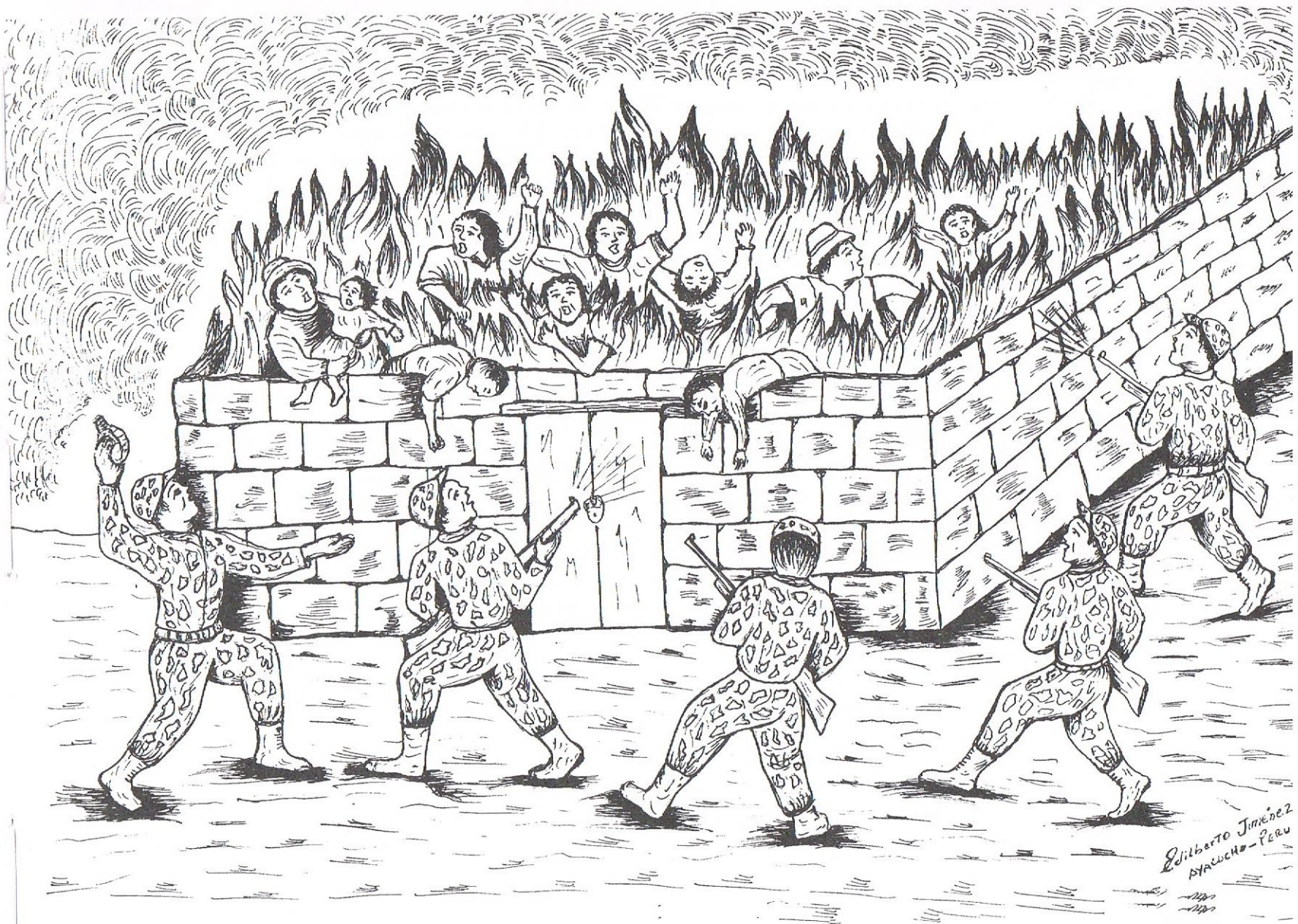
A los muertos los enterraron tal como murieron, al lado de dos piedras grandes en Muyurinakuchu. Están: Marcelino Oscco Salas (20), Martha Calderón Medina (50), Mercedes Salas Rivas (30), Marcelina Cuadros Huamán, Ernesto Cuadros Caballero, Saturno Casa, Adrián Castro, Benjamina Tello Orihuela, María Oscco, Germán Oscco, Víctor Salas, Juana Guzmán, Rosalina Oscco, Alejos Castro Huamán, Hermilinda Oscco, Eliza Huamán, Víctor Hosco, Alejandro Azpur Huanaco, María Huamán Cuadros, Teresa Huamán Contreras, Benjamina Cuadros Tello, Valentina Casa Huamán, Isabel Oscco y otros más”.

Los senderistas asesinaban a las autoridades y luego obligaban a los comuneros a abandonar sus casas y pertenencias. Desde entonces, toda la gente atemorizada se vio forzada a vivir en los montes, siguiendo a los senderistas, quienes les decían que si permanecían en sus casas, los militares los matarían. Los comuneros vivieron trasladándose de un lugar a otro durante varios años, entre 1983 y 1986.

En enero de 1985, un grupo de comuneros llega al lugar de Estacayuq para dormir en casa de una señora; ella decidió recibirlos en su casa. Esa madrugada, a las 4, la casa fue rodeada por los sinchis. Estaban pernoctando adultos y niños, y empezaron a dispararles:

“Los sinchis han matado a toditos asegurando la puerta con una correa, luego dispararon y lanzaron granadas, la gente no pudo escapar. Luego prendieron luces de bengala, como el día era la noche, y después quemaron la casa con todos allí dentro.





Edilberto Jiménez
DRAUCHO - PERU

COMO EL DÍA ERA LA NOCHE

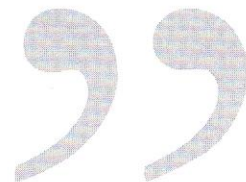
Edilberto Jiménez

“Como animales de monte hemos estado viviendo en grupo, haciendo nuestros campamentos. Cuando venían los soldados teníamos que escapar, nos metíamos en medio de los arbustos y nos tapábamos con hojas y a veces, calladitos, en huecos. A los niños se les prohibió llorar, calladitos debían estar, si lloraban el Partido obligaba a sus madres a matarlos; he visto cómo hicieron a una señora matar a su hijita por llorar, le aplastó su cuellito. Los helicópteros pasaban cerquita, no podían vernos. Los civiles y la tropa de Mollebamba nos buscaban para matarnos, ellos eran más asesinos y mataban con machetes, cuchillos y te botaban a los abismos. Tampoco podíamos escapar del Partido, pues también los responsables de Fuerza Principal te mataban; todo era miedo. Hemos estado totalmente vigilados por el Partido, ni siquiera podíamos estar tristes, teníamos que estar alegres, si estabas triste te mataban diciendo que querías capitular.

Nuestro campamento estaba en Qalasto dentro de Huallhua. De pronto aparecieron los civiles y la tropa de Mollebamba, escapamos como pudimos, mi papá me agarró de la mano y corrimos a los montes, pero mi mamá no pudo correr, capturaron a muchos. Ya ocultos miramos a mi mamá Elena Quispe que junto a Juana Casa, Alicia Huamán, Odilia Castro, Pedro Ramírez, Pascual Ramírez, Carmen Ramírez, Marcelina Ramírez, Antonio Paniagua, Isabel Casa Taípe, Nicolasa Oscco Huamán, Hipólito Díaz Ccayanchira, Regina Pacheco, Julia Lima y otros iban camino al río Blanco, después las llevan camino a Capongallo. Eran bastantes los capturados, todos con sus manos amarradas. Seguimos tras los detenidos, nuestra mirada siempre en mi madre, íbamos cuidándonos para que no nos descubran. Iban a Vacachaupimayo. Ya no pudimos seguir y perdimos a mi madre. Al día siguiente escuchamos que a todos los habían matado allá, en el sector de Huallhua, entonces hemos ido junto con mis tíos y mi padre.

De verdad toditos estaban muertos. Entre niños, mujeres y ancianos, más de 50 personas muertas. Dijeron que los muertos eran personas de Chillihua, Huallhua y Yerbabuena. Todos los cuerpos destrozados con machetes y cuchillos, sin manos, sin brazos, sin cabezas, llenos de sangre y otros con los intestinos afuera, los asesinos habían jugado con los detenidos. Las cabezas estaban en distintos lugares y escuchamos que después de cortar las cabezas las patearon como a pelotas. Habían matado sin misericordia a mujeres y niños. No creyeron en Dios, han sido salvajes para matar.

Enterramos rápido haciendo 5 huecos, ya no podíamos llorar, pareciera que el sol lloraba. A mi madre la encontramos sin cabeza y punzado con cuchillo su cuerpo. Las almas estaban con sus cabezas, manos, pies, cortados por todas partes, no podía reconocer de quién era el brazo, los pies, sus cabezas. Pues no respetaron a las almas.





LAS CABEZAS ESTABAN EN DISTINTOS LUGARES

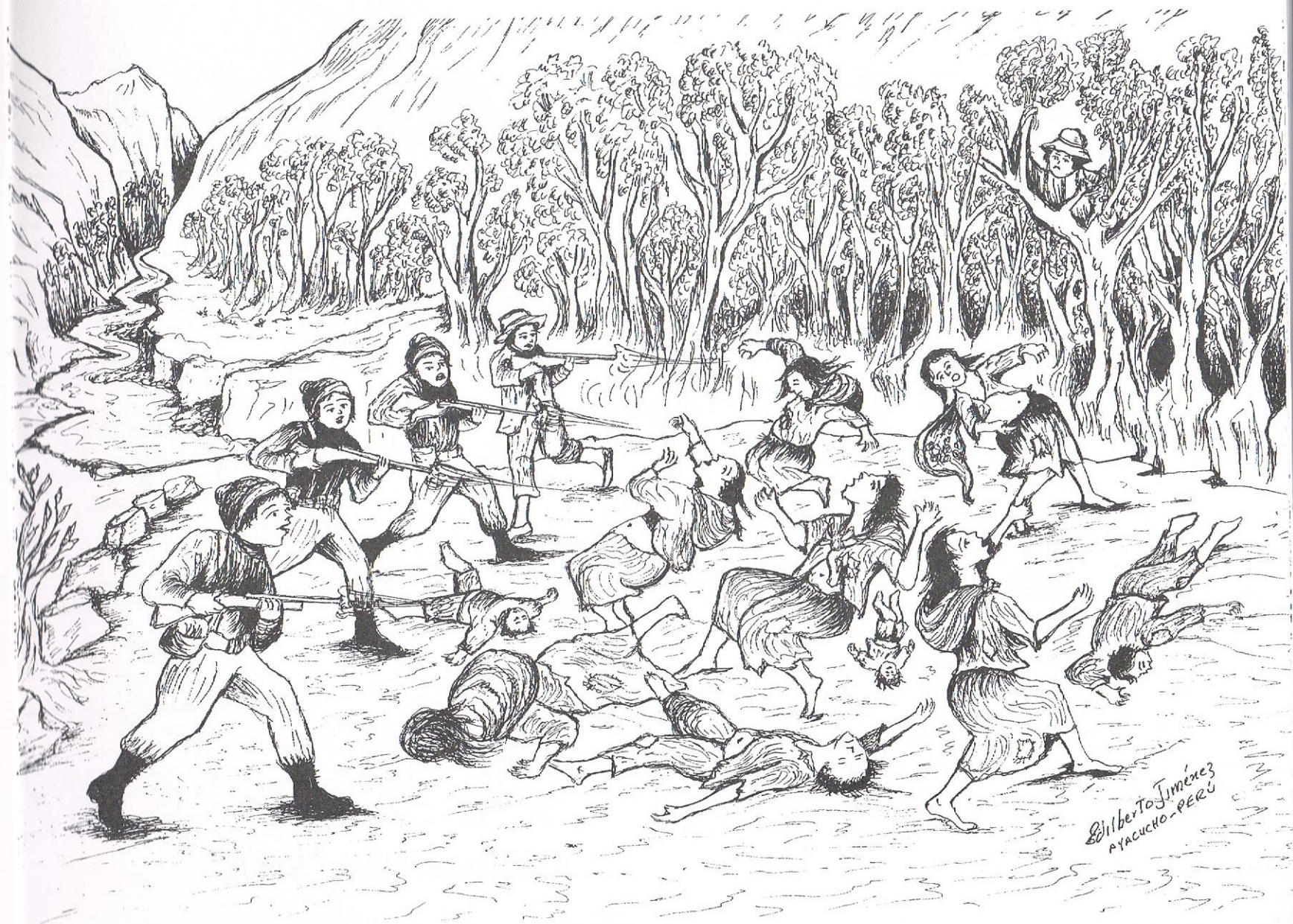
Edilberto Jiménez

“Los compañeros nos habían sacado a los montes, por eso hemos estado en nuestro ‘Monte Local’ (campamento) de Antaqaqa Wayqu como más de 40 personas en su mayoría mujeres y niños, pues otros habían salido en busca de comida. Entonces de un momento a otro nos habían acorralado los soldados y ronderos de Mollebamba. En eso nos lanzaron granadas y nos escapamos al monte como pudimos, otros fueron capturados. Yo me escapé metiéndome entre los árboles y así estuve oculto. He visto como se llevaban a los detenidos para abajo y ahí estaba mi esposa Agustina Casa, mi dos hijas Aurelia Díaz y Marina Díaz, mi hermano Marcelo Díaz y su esposa Juana Casa. No los perdí de vista, siempre estuve cuidando para dónde los llevaban, un momento los perdí, pero como a las 5 de la tarde los vi y me subí para ver mejor a un árbol, desde donde vi que los hacen entrar a la chacra del señor Gabino Huamán en Siquyqara, donde había plantaciones de plátano, los han metido a la chacra allí los militares y los ronderos los hacen formar y los abalean a toditos cuando estaban llorando, otros trataban de defenderse pero caían al suelo. Las balas reventaron como cancha y toditos caían muertos. Yo estuve calladito en el árbol y lloraba calladito, no podía hacer nada. Después toda la noche he pasado debajo de árboles de frío y hambre. Ya al día siguiente calladito fui donde habían sido asesinados y encontré a toditos muertos con balas y cuchillos destrozados ahí estaba muerta mi esposa, busque a mi hija y la encontré al borde del río, las enterré haciendo un hueco con palitos. A mis familias, a mi esposa, los enterramos en hoyos que eran para plantaciones de plátanos”.

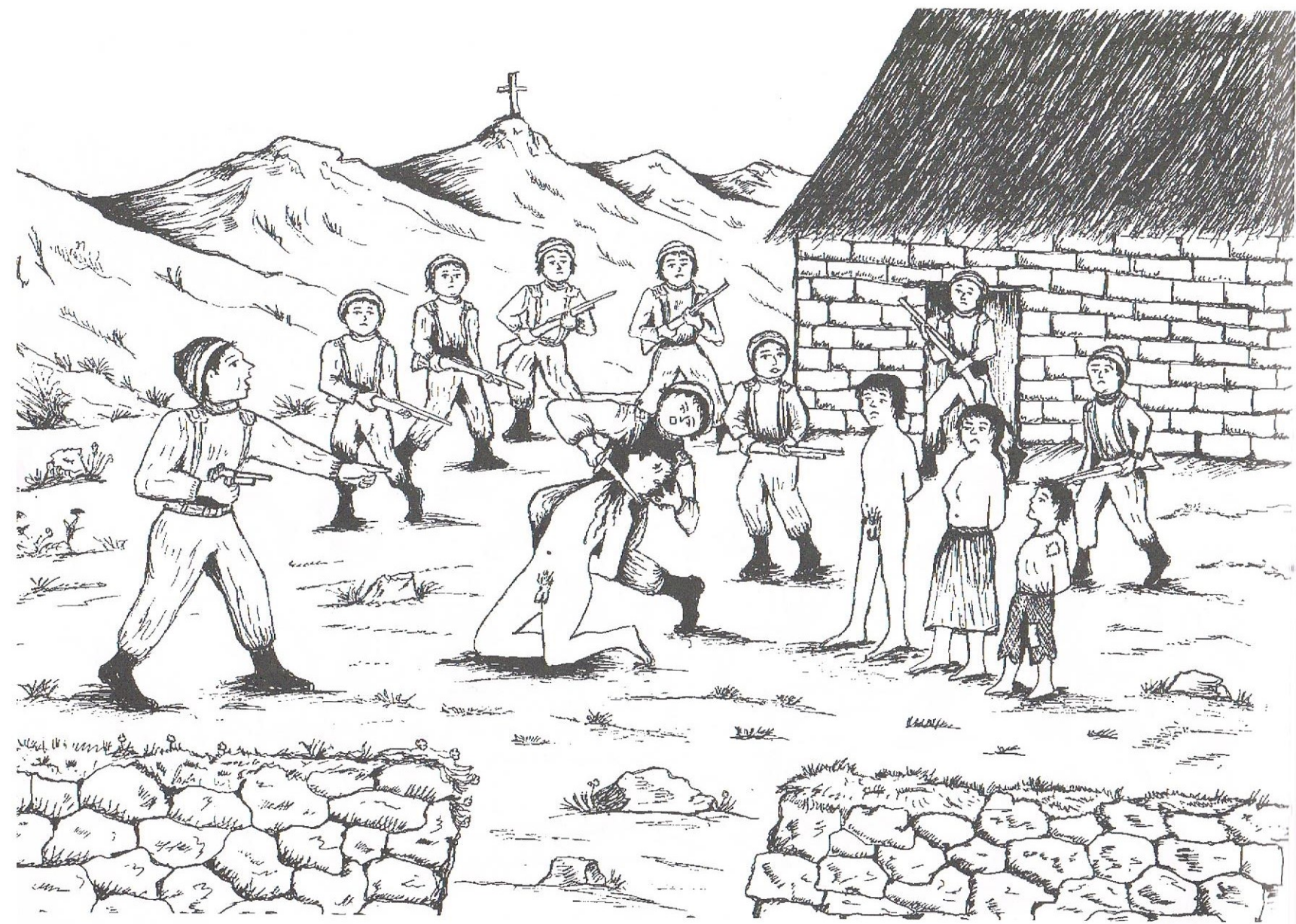
“Yo tenía que cuidarme, por eso andaba al lado de los militares de Mollebamba. En 1986 hemos buscado a los senderistas por todo el monte. Así, una mañana nos acercamos a un campamento donde estaban los senderistas en Antaqaqa Wayqu, lanzamos dos granadas y matamos a tres personas y la gente trataba de escapar. Recuerdo a una mujer que ya herida pidió que le apoyemos para llevarle a su familia que vivía en Andahuaylas, pero el rondero Raúl Alarcón la degolló con su cuchillo. Capturamos más de 35 personas entre mujeres, varones, niños y después los llevamos con dirección a Yerbabuena. Recuerdo que en Siquyqara les hicimos preparar comida y les hicimos comer, después al atardecer los militares deciden quedarse en Siquyqara a dormir, entonces los militares obligan a que vayan a recoger hojas de plátano para que duerman. Los llevaron y solo regresaron los militares; los ronderos de Mollebamba los habían matado. La orden era llevarlos a la base militar de Mollebamba, pero dicen que el capitán Carti y el Suboficial Nieto habían ordenado matarlos diciendo que ‘son terrucos y no merecen vivir’. También decían que el prisionero Marcelo Díaz trataba de defenderse con puños y patadas pero el rondero Germán Castro lo han matado. Al día siguiente me mandan a cosechar yucas y desde una loma hemos visto cómo los han matado. Allí murieron, de los que recuerdo: Agustina Casa Ñahui (58), Marcos Díaz Casa (28), Aurelia Díaz Casa (30), Alejandro Díaz Casa (20), Marina Díaz Casa (12), Carrasco Díaz (1), Víctor Sánchez (17), Marcelo Díaz Ccayanchira (55), Juana Casa Ñahuis (53), Marcelino Díaz Ccayachira (54), Díaz Casa (4), Díaz Casa (2), Josefa Sánchez Casa (19), Federico Díaz Sánchez (2), Sabina Paniagua Casa (17), Felicitas Casa Zúñiga (15), Julia Montes Paniagua (24), Isabel Montes Paniagua (27), Juana Quispe Sánchez (25), Elizabeth Casa Quispe (1), Benedicto Barrera Oros (30), María Pacheco Rimachi (40) y otros.

”

ESTUVE CALLADITO EN EL ÁRBOL Y LLORABA CALLADITO



Gilberto Jiménez
AYACUCHO - PERÚ



EL CAMARADA "SAÚL"



Cuando los senderistas me llevaron yo tenía apenas 11 años. Estuvimos como 35 niños entre mujercitas y varoncitos dentro de la Fuerza Principal del Partido Comunista del Perú, de la base 14, de los distritos de Chungui y Anco.

Yo tenía mucho miedo a los compañeros del Partido pues castigaban, y cuando me ordenaban rapidito tenía que cumplir, por eso el camarada Saúl me escoge para ser su abastecedor, y tenía que estar siempre a su lado en donde sea, como su gran servidor. Pero el camarada ha muerto como animal degollado por los militares. Pues una tarde todos los de Fuerza Principal entramos a un pueblito de Anco, no recuerdo su nombre, allí chocamos con los ronderos y estos, que no creen en nadie, nos atacaron con granadas de guerra y una de las granadas llega a reventar muy cerca del camarada Saúl, las esquirlas de la granada hieren su cuerpo y apenas pudimos escapar junto con un compañero y una compañera a una casa abandonada.

Al día siguiente, como a las 5 de la mañana, los militares nos encontraron en dicha casa y apuntándonos con su fusil nos sacaron con las manos arriba. No pudimos hacer nada, salimos, y la casa ya estaba rodeada por los militares. Muy rápido amarraron con soguilla mis manos pensando que podía escapar, y luego ordenaron al camarada Saúl que camine más adelante y se desnude por completo, y de igual forma obligaron al otro compañero a desnudarse mientras a la compañera le obligaron que se desnude medio cuerpo y se sacó su blusa.

Saúl ya estaba tal como vino a este mundo, calatito, pero su cuerpo estaba con muchas heridas y con manchas de sangre. El militar le ha dicho: 'Carajo, tú eres el terruco de mierda que mataste a los inocentes, ahora arrodíllate, mierda'. Luego ordenó a uno de sus soldados que le amarran sus manos y le cortó su cuello, como a un carnero, mientras estábamos viendo. A mí, uno de los jefes de la tropa me llevó por el camino con mis manos amarradas. Pero escuché gritos de la chica que la violaban y después la mataron junto al otro compañero. Yo solito estuve preso, me llevaban por unos caminos que no conocía y por suerte, como si Dios desatara, se ha desatado la soga que amarraba mis manos y así aproveché un descuido de los militares y salté a un barranco boscoso, los militares me abaleaban pero yo corría y corría en distintas direcciones, no me pudieron agarrar y me salvé de una muerte segura que hasta ahora estoy vivo, gracias a Dios".



Ay vida, es difícil recordar, yo ya no quiero recordar esa vida de muerte. Vivíamos como vizcachas en los huecos. Cuando había cualquier cosa, a ocultarse, como podías tenías que escapar y ocultarte. Si venían helicópteros, a esconderte para que no te vean. Los helicópteros traían a los soldados, a los sinchis, y estos nos buscaban como a venados para matarnos, para abusar de las mujeres. Quemaban nuestras casas, nuestras siembras de maíz y papa.

Fueron como hijos del diablo. Si nos encontraban, nos mataban como a perros, como a sapos nos botaban a los abismos, no respetaban a mujeres, niños ni ancianos. Después de matar todavía cortaban las manos y las orejas, y se las llevaban en helicóptero para dar cuenta al Señor Gobierno. Cuando entregaban manos y orejas dicen que el Gobierno les pagaba mucha plata.

He visto como los sinchis mataron a don Ismael Huamán, en Limonpuquio-Chapi, y después le cortaron sus manos y se las llevaron”.

“Los sinchis, después de matar, cortaban sus manos y orejas para dar cuenta a sus superiores y dicen que también era un orgullo para ellos tener una mano, una oreja, como trofeo en sus cuartos y por eso cortaban a sus muertos.

La vida no valía nada, ellos andaban en los helicópteros y nosotros ocultándonos. Nadie nos protegía, nos cazaban como a los animales y hasta ahora vivimos olvidados”.

“He visto a mi familia en Toqaruwuay-Oronqoy, los militares y los civiles mataron a Pedro Casa y le cortaron las dos manos y su oreja. Estos, lo hacían para decir que habían matado a los terroristas, entonces sus jefes les subían de grado por matar y por eso cortaban estos miserables”.



CORTABAN SUS MANOS Y OREJAS
PARA DAR CUENTA AL SEÑOR GOBIERNO